

Segunda parte

LA EDAD DE ORO

Capítulo VIII

LA GUERRA FRÍA

Aunque la Rusia de los soviets pretende extender su influencia por todos los medios a su alcance, la revolución a escala mundial ya no forma parte de su programa, y no existe ningún elemento en la situación interna de la Unión que pueda promover el retorno a las antiguas tradiciones revolucionarias. Cualquier comparación entre la amenaza de la Alemania de antes de la guerra y la amenaza soviética actual debe tener en cuenta... diferencias fundamentales... Así pues, el riesgo de una catástrofe repentina es mucho menor con los rusos que con los alemanes.

FRANK ROBERTS, Embajada británica en Moscú,
al Foreign Office, Londres, 1946

(Jensen, 1991, p. 56)

La economía de guerra les facilita una posición cómoda a decenas de miles de burócratas vestidos de uniforme o de paisano que van a la oficina cada día a construir armas atómicas o a planificar la guerra atómica; a millones de trabajadores cuyos puestos de trabajo dependen del sistema de terrorismo nuclear; a científicos e ingenieros pagados para buscar la «solución tecnológica» definitiva que proporcione una seguridad absoluta; a contratistas que no quieren dejar pasar la ocasión de obtener beneficios fáciles; a guerreros intelectuales que venden amenazas y bendicen guerras.

RICHARD BARNET (1981, p. 97)

1

Los cuarenta y cinco años transcurridos entre la explosión de las bombas atómicas y el fin de la Unión Soviética no constituyen un período de la historia universal homogéneo y único. Tal como veremos en los capítulos siguientes, se dividen en dos mitades, una a cada lado del hito que representan los primeros años setenta (véanse los capítulos IX y XIV). Sin embargo, la historia del periodo en su conjunto siguió un patrón único marcado por la peculiar situación internacional que lo dominó hasta la caída de la URSS: el enfrentamiento constante de las dos superpotencias surgidas de la segunda guerra mundial, la denominada «guerra fría».

La segunda guerra mundial apenas había acabado cuando la humanidad se precipitó en lo que sería razonable considerar una tercera guerra mundial, aunque muy singular; y es que, tal como dijo el gran filósofo Thomas Hobbes, «La guerra no consiste sólo en batallas, o en la acción de luchar, sino que es un lapso de tiempo durante el cual la voluntad de entrar en combate es suficientemente conocida» (Hobbes, capítulo 13). La guerra fría entre los dos bandos de los Estados Unidos y la URSS, con sus respectivos aliados, que dominó por completo el escenario internacional de la segunda mitad del siglo XX, fue sin lugar a dudas un lapso de tiempo así. Generaciones enteras crecieron bajo la amenaza de un conflicto nuclear global que, tal como creían muchos, podía estallar en cualquier momento y arrasara a la humanidad. En realidad, aun a los que no creían que cualquiera de los dos bandos tuviera intención de atacar al otro les resultaba difícil no caer en el pesimismo, ya que la ley de Murphy es una de las generalizaciones que mejor cuadran al ser humano («Si algo puede ir mal, irá mal»). Con el correr del tiempo, cada vez había más cosas que podían ir mal, tanto política como tecnológicamente, en un enfrentamiento nuclear permanente basado en la premisa de que sólo el miedo a la «destrucción mutua asegurada» (acertadamente resumida en inglés con el acrónimo MAD, «loco») impediría a cualquiera de los dos bandos dar la señal, siempre a punto, de la destrucción planificada de la civilización. No llegó a suceder, pero durante cuarenta años fue una posibilidad cotidiana.

La singularidad de la guerra fría estribaba en que, objetivamente hablando, no había ningún peligro inminente de guerra mundial. Más aún: pese a la retórica apocalíptica de ambos bandos, sobre todo del lado norteamericano, los gobiernos de ambas superpotencias aceptaron el reparto global de fuerzas establecido al final de la segunda guerra mundial, lo que suponía un equilibrio de poderes muy desigual pero indiscutido. La URSS dominaba o ejercía una influencia preponderante en una parte del globo: la zona ocupada por el ejército rojo y otras fuerzas armadas comunistas al final de la guerra, sin intentar extender más allá su esfera de influencia por la fuerza de las armas. Los Estados Unidos controlaban y dominaban el resto del mundo capitalista, además del hemisferio occidental y los océanos, asumiendo los restos de la

vieja hegemonía imperial de las antiguas potencias coloniales. En contrapartida, no intervenían en la zona aceptada como de hegemonía soviética.

En Europa las líneas de demarcación se habían trazado en 1943-1945, tanto por los acuerdos alcanzados en las cumbres en que participaron Roosevelt, Churchill y Stalin, como en virtud del hecho de que sólo el ejército rojo era realmente capaz de derrotar a Alemania. Hubo vacilaciones, sobre todo de Alemania y Austria, que se resolvieron con la partición de Alemania de acuerdo con las líneas de las fuerzas de ocupación del Este y del Oeste, y la retirada de todos los ex contendientes de Austria, que se convirtió en una especie de segunda Suiza: un país pequeño con vocación de neutralidad, envidiado por su constante prosperidad y, en consecuencia, descrito (correctamente) como «aburrido». La URSS aceptó a regañadientes el Berlín Oeste como un enclave occidental en la parte del territorio alemán que controlaba, pero no estaba dispuesta a discutir el tema con las armas.

La situación fuera de Europa no estaba tan clara, salvo en el caso de Japón, en donde los Estados Unidos establecieron una ocupación totalmente unilateral que excluyó no sólo a la URSS, sino también a los demás aliados. El problema era que ya se preveía el fin de los antiguos imperios coloniales, cosa que en 1945, en Asia, ya resultaba inminente, aunque la orientación futura de los nuevos estados poscoloniales no estaba nada clara. Como veremos (capítulos XII y XV), esta fue la zona en que las dos superpotencias siguieron compitiendo en busca de apoyo e influencia durante toda la guerra fría y, por lo tanto, fue la de mayor fricción entre ambas, donde más probables resultaban los conflictos armados, que acabaron por estallar. A diferencia de Europa, ni siquiera se podían prever los límites de la zona que en el futuro iba a quedar bajo control comunista, y mucho menos negociarse, ni aun del modo más provisional y ambiguo. Así, por ejemplo, la URSS no sentía grandes deseos de que los comunistas tomaran el poder en China,¹ pero eso fue lo que sucedió a pesar de todo.

Sin embargo, incluso en lo que pronto dio en llamarse el «tercer mundo», las condiciones para la estabilidad internacional empezaron a aparecer a los pocos años, a medida que fue quedando claro que la mayoría de los nuevos estados poscoloniales, por escasas que fueran sus simpatías hacia los Estados Unidos y sus aliados, no eran comunistas, sino, en realidad, sobre todo anticomunistas en política interior, y «no alineados» (es decir, fuera del bloque militar soviético) en asuntos exteriores. En resumen, el «bando comunista» no presentó síntomas de expansión significativa entre la

1. Las referencias a China brillaban por su ausencia en el informe de Zhdanov sobre la situación mundial con que se inauguró la conferencia de la Oficina de Información Comunista (Cominform) en septiembre de 1947. Aunque Indonesia y Vietnam recibieron el calificativo de «miembros del bando antiimperialista», e India, Egipto y Siria, de «simpatizantes» del mismo (Spriano, 19. 13, p. 286). Todavía en abril de 1949, al abandonar Chiang Kai-shek su capital, Nanking, el embajador soviético —el *único* de entre todo el cuerpo diplomático— se unió a él en su retirada hacia Cantón. Seis meses más tarde, Mao proclamaba la República Popular (Walker, 1993. p. 6. 1).

revolución china y los años setenta, cuando la China comunista ya no formaba parte del mismo.

En la práctica, la situación mundial se hizo razonablemente estable poco después de la guerra y siguió siéndolo hasta mediados de los setenta, cuando el sistema internacional y sus componentes entraron en otro prolongado período de crisis política y económica. Hasta entonces ambas superpotencias habían aceptado el reparto desigual del mundo, habían hecho los máximos esfuerzos por resolver las disputas sobre sus zonas de influencia sin llegar a un choque abierto de sus fuerzas armadas que pudiese llevarlas a la guerra y, en contra de la ideología y de la retórica de guerra fría, habían actuado partiendo de la premisa de que la coexistencia pacífica entre ambas era posible. De hecho, a la hora de la verdad, la una confiaba en la moderación de la otra, incluso en las ocasiones en que estuvieron oficialmente a punto de entrar, o entraron, en guerra. Así, durante la guerra de Corea de 1950-1953, en la que participaron oficialmente los norteamericanos, pero no los rusos, Washington sabía perfectamente que unos 150 aviones chinos eran en realidad aviones soviéticos pilotados por aviadores soviéticos (Walker, 1993, pp. 75-77). La información se mantuvo en secreto porque se dedujo, acertadamente, que lo último que Moscú deseaba era la guerra. Durante la crisis de los misiles cubanos de 1962, tal como sabemos hoy (Ball, 1992; Ball, 1993), la principal preocupación de ambos bandos fue cómo evitar que se malinterpretaran gestos hostiles como preparativos bélicos reales.

Este acuerdo tácito de tratar la guerra fría como una «paz fría» se mantuvo hasta los años setenta. La URSS supo (o, mejor dicho, aprendió) en 1953 que los llamamientos de los Estados Unidos para «hacer retroceder» al comunismo era simple propaganda radiofónica, porque los norteamericanos ni pestañearon cuando los tanques soviéticos restablecieron el control comunista durante un importante levantamiento obrero en la Alemania del Este. A partir de entonces, tal como confirmó la revolución húngara de 1956, Occidente no se entrometió en la esfera de control soviético. La guerra fría, que sí procuraba estar a la altura de su propia retórica de lucha por la supremacía o por la aniquilación, no era un enfrentamiento en el que las decisiones fundamentales las tomaban los gobiernos, sino la sorda rivalidad entre los distintos servicios secretos reconocidos y por reconocer, que en Occidente produjo el fruto más característico de la tensión internacional: las novelas de espionaje y de asesinatos encubiertos. En este género, los británicos, gracias al James Bond de Ian Fleming y a los héroes agrídulces de John Le Carré —ambos habían trabajado por un tiempo en los servicios secretos británicos—, mantuvieron la primacía, compensando así el declive de su país en el mundo del poder real. No obstante, con la excepción de lo sucedido en algunos de los países más débiles del tercer mundo, las operaciones del KGB, la CIA y semejantes fueron desdeñables en términos de poder político real, por teatrales que resultasen a menudo.

En tales circunstancias, ¿hubo en algún momento peligro real de guerra mundial durante este largo período de tensión, con la lógica excepción de los

accidentes que amenazan inevitablemente a quienes patinan y patinan sobre una delgada capa de hielo? Es difícil de decir. Es probable que el período más explosivo fuera el que medió entre la proclamación formal de la «doctrina Truman» en marzo de 1947 («La política de los Estados Unidos tiene que ser apoyar a los pueblos libres que se resisten a ser subyugados por minorías armadas o por presiones exteriores») y abril de 1951, cuando el mismo presidente de los Estados Unidos destituyó al general Douglas MacArthur, comandante en jefe de las fuerzas de los Estados Unidos en la guerra de Corea (1950-1953), que llevó demasiado lejos sus ambiciones militares. Durante esta época el temor de los norteamericanos a la desintegración social o a la revolución en países no soviéticos de Eurasia no era simple fantasía: al fin y al cabo, en 1949 los comunistas se hicieron con el poder en China. Por su parte, la URSS se vio enfrentada con unos Estados Unidos que disfrutaban del monopolio del armamento atómico y que multiplicaban las declaraciones de anticomunismo militante y amenazador, mientras la solidez del bloque soviético empezaba a resquebrajarse con la ruptura de la Yugoslavia de Tito (1948). Además, a partir de 1949, el gobierno de China no sólo se involucró en una guerra de gran calibre en Corea sin pensárselo dos veces, sino que, a diferencia de otros gobiernos, estaba dispuesto a afrontar la posibilidad real de luchar y sobrevivir a un holocausto nuclear.² Todo podía suceder.

Una vez que la URSS se hizo con armas nucleares —cuatro años después de Hiroshima en el caso de la bomba atómica (1949), nueve meses después de los Estados Unidos en el de la bomba de hidrógeno (1953)—, ambas superpotencias dejaron de utilizar la guerra como arma política en sus relaciones mutuas, pues era el equivalente de un pacto suicida. Que contemplaran seriamente la posibilidad de utilizar las armas nucleares contra terceros —los Estados Unidos en Corea en 1951 y para salvar a los franceses en Indochina en 1954; la URSS contra China en 1969— no está muy claro, pero lo cierto es que no lo hicieron. Sin embargo, ambas superpotencias se sirvieron de la amenaza nuclear, casi con toda certeza sin tener intención de cumplirla, en algunas ocasiones: los Estados Unidos, para acelerar las negociaciones de paz en Corea y Vietnam (1953, 1954); la URSS, para obligar a Gran Bretaña y a Francia a retirarse de Suez en 1956. Por desgracia, la certidumbre misma de que ninguna de las dos superpotencias *deseaba* realmente apretar el botón atómico tentó a ambos bandos a agitar el recurso al arma atómica con finalidades negociadoras o (en los Estados Unidos) para el consumo doméstico, en la confianza de que el otro tampoco quería la guerra. Esta confianza demostró estar justificada, pero al precio de desquiciar los nervios de varias generaciones. La crisis de los misiles

2. Se dice que Mao le comentó al dirigente comunista italiano Togliatti: «¿Quién le ha dicho que Italia vaya a sobrevivir? Quedarán trescientos millones de chinos, y eso bastará para la continuidad de la raza humana». «La disposición de Mao para aceptar lo inevitable de una guerra atómica y su posible utilidad para precipitar la derrota final del capitalismo dejó atónitos a sus camaradas de otros países» en 1957 (Walker, 1993, p. 126).

cubanos de 1962, uno de estos recursos enteramente innecesarios, estuvo a punto de arrastrar al mundo a una guerra innecesaria a lo largo de unos pocos días y, de hecho, llegó a asustar a las cúpulas dirigentes hasta hacerles entrar temporalmente en razón.³

II

¿Cómo podemos, pues, explicar los cuarenta años de enfrentamiento armado y de movilización permanente, basados en la premisa siempre inverosímil, y en este caso totalmente infundada, de que el planeta era tan inestable que podía estallar una guerra mundial en cualquier momento, y que eso sólo lo impedía una disuasión mutua sin tregua? En primer lugar, la guerra fría se basaba en la creencia occidental, absurda vista desde el presente pero muy lógica tras el fin de la segunda guerra mundial, de que la era de las catástrofes no se había acabado en modo alguno; que el futuro del capitalismo mundial y de la sociedad liberal distaba mucho de estar garantizado. La mayoría de los observadores esperaba una crisis económica de posguerra grave, incluso en los Estados Unidos, por analogía con lo que había sucedido tras el fin de la primera guerra mundial. Un futuro premio Nobel de economía habló en 1943 de la posibilidad de que se diera en los Estados Unidos «el período más grande de desempleo y de dislocación de la industria al que jamás se haya enfrentado economía alguna» (Samuelson, 1943, p. 51). De hecho, los planes del gobierno de los Estados Unidos para la posguerra se dirigían mucho más a evitar otra Gran Depresión que a evitar otra guerra, algo a lo que Washington había dedicado poca atención antes de la victoria (Kolko, 1969, pp. 244-246).

Si Washington esperaba «serias alteraciones de posguerra» que socavasen «la estabilidad social, política y económica del mundo» (Dean Acheson, citado en Kolko, 1969, p. 485) era porque al acabar la guerra los países beligerantes, con la excepción de los Estados Unidos, eran mundos en ruinas habitados por lo que a los norteamericanos les parecían poblaciones hambrientas, desesperadas y tal vez radicalizadas, predispuestas a prestar oído a los cantos de sirena de la revolución social y de políticas económicas incompatibles con el sistema internacional de libertad de empresa, libre mercado y libertad de movimiento de capitales que había de salvar a los Estados Unidos y al mundo. Además, el sistema internacional de antes de la guerra se había hundido, dejando a los Estados Unidos frente a una URSS comunista enormemente for-

3. El dirigente soviético N. S. Krushev decidió instalar misiles en Cuba para compensar los misiles que los norteamericanos habían instalado ya en el otro lado de la frontera soviética, en Turquía (Burlatsky, 1992). Los Estados Unidos le obligaron a retirarlos con amenazas de guerra, pero también retiraron sus misiles de Turquía. Los misiles soviéticos, como le habían dicho al presidente Kennedy por aquel entonces, carecían de importancia en el marco del equilibrio estratégico, pero sí la tenían de cara a la imagen pública del presidente (Ball, 1992, p. 18; Walker, 1988). Los misiles norteamericanos que se retiraron fueron calificados de «obsoletos».

talecida que ocupaba amplias extensiones de Europa y extensiones aún más amplias del mundo no europeo, cuyo futuro político parecía incierto —menos que en ese mundo explosivo e inestable todo lo que ocurriera era probable que debilitase al capitalismo de los Estados Unidos, y fortaleciese a la potencia que había nacido por y para la revolución.

La situación en la inmediata posguerra en muchos de los países liberados y ocupados parecía contraria a los políticos moderados, con escasos apoyos salvo el de sus aliados occidentales, asediados desde dentro y fuera de sus gobiernos por los comunistas, que después de la guerra aparecieron en todas partes con mucha más fuerza que en cualquier otro tiempo anterior y, a veces, como los partidos y formaciones políticas mayores en sus respectivos países. El primer ministro (socialista) de Francia fue a Washington a advertir que, sin apoyo económico, probablemente sucumbiría ante los comunistas. La pésima cosecha de 1946, seguida por el terrible invierno de 1946-1947, puso aún más nerviosos tanto a los políticos europeos como a los asesores presidenciales norteamericanos.

En esas circunstancias no es sorprendente que la alianza que habían mantenido durante la guerra las principales potencias capitalista y socialista, ésta ahora a la cabeza de su propia esfera de influencia, se rompiera, como tan a menudo sucede con coaliciones aún menos heterogéneas al acabar una guerra. Sin embargo, ello no basta para explicar por qué la política de los Estados Unidos —los aliados y satélites de Washington, con la posible excepción de Gran Bretaña, mostraron una vehemencia mucho menor— tenía que basarse, por lo menos en sus manifestaciones públicas, en presentar el escenario de pesadilla de una superpotencia moscovita lanzada a la inmediata conquista del planeta, al frente de una «conspiración comunista mundial» y atea siempre dispuesta a derrocar los dominios de la libertad. Y mucho menos sirve esa ruptura para explicar la retórica de J. F. Kennedy durante la campaña presidencial de 1960, cuando era impensable que lo que el primer ministro británico Harold Macmillan denominó «nuestra sociedad libre actual, la nueva forma de capitalismo» (Horne, 1989, vol. II, p. 238) pudiera considerarse directamente amenazada.⁴

¿Por qué se puede tachar de «apocalíptica» (Hughes, 1969, p. 28) la visión de «los profesionales del Departamento de Estado» tras el fin de la guerra? ¿Por qué hasta el sereno diplomático británico que rechazaba toda comparación de la URSS con la Alemania nazi informaba luego desde Moscú que el mundo «se enfrentaba ahora al equivalente moderno de las guerras de religión del siglo XVI, en el que el comunismo soviético luchará contra la democracia social occidental y la versión norteamericana del capitalismo por la dominación mundial»? (Jensen, 1991, pp. 41 y 53-54; Roberts, 1991).

4. «El enemigo es el sistema comunista en sí: implacable, insaciable, infatigable en su pugna por dominar el mundo... Esta no es una lucha sólo por la supremacía armamentística. También es una lucha por la supremacía entre dos ideologías opuestas: la libertad bajo un Dios, y una tiranía atea» (Walker, 1993, p. 132).

Y es que ahora resulta evidente, y era tal vez razonable incluso en 1945-1947, que la URSS ni era expansionista —menos aún agresiva— ni contaba con extender el avance del comunismo más allá de lo que se supone se había acordado en las cumbres de 1943-1945. De hecho, allí en donde la URSS controlaba regímenes y movimientos comunistas satélites, éstos tenían el compromiso específico de *no* construir estados según el modelo de la URSS, sino economías mixtas con democracias parlamentarias pluripartidistas, muy diferentes de la «dictadura del proletariado» y «más aún» de la de un partido único, descritas en documentos internos del partido comunista como «ni útiles ni necesarias» (Spriano, 1983, p. 265). (Los únicos regímenes comunistas que se negaron a seguir esta línea fueron aquellos cuyas revoluciones, que Stalin desalentó firmemente, escaparon al control de Moscú, como Yugoslavia.) Además, y aunque esto sea algo a lo que no se haya prestado mucha atención, la URSS desmovilizó sus tropas —su principal baza en el campo militar— casi tan deprisa como los Estados Unidos, con lo que el ejército rojo disminuyó sus efectivos de un máximo de casi doce millones de hombres en 1945 a tres millones antes de finales de 1948 (*New York Times*, 24-10-1946 y 24-10-1948).

Desde cualquier punto de vista racional, la URSS no representaba ninguna amenaza inmediata para quienes se encontrasen fuera del ámbito de ocupación de las fuerzas del ejército rojo. Después de la guerra, se encontraba en ruinas, desangrada y exhausta, con una economía civil hecha trizas y un gobierno que desconfiaba de una población gran parte de la cual, fuera de Rusia, había mostrado una clara y comprensible falta de adhesión al régimen. En sus confines occidentales, la URSS continuó teniendo dificultades con las guerrillas ucranianas y de otras nacionalidades durante años. La dirigía un dictador que había demostrado ser tan poco partidario de correr riesgos fuera del territorio bajo su dominio directo, como despiadado dentro del mismo: J. V. Stalin (véase el capítulo XIII). La URSS necesitaba toda la ayuda económica posible y, por lo tanto, no tenía ningún interés, a corto plazo, en enemistarse con la única potencia que podía proporcionársela, los Estados Unidos. No cabe duda de que Stalin, en tanto que comunista, creía en la inevitable sustitución del capitalismo por el comunismo, y, en ese sentido, que la coexistencia de ambos sistemas no sería permanente. Sin embargo, los planificadores soviéticos no creían que el capitalismo como tal se encontrase en crisis al término de la segunda guerra mundial, sino que no les cabía duda de que seguiría por mucho tiempo bajo la égida de los Estados Unidos, cuya riqueza y poderío, enormemente aumentados, no eran sino evidentes (Loth, 1988, pp. 36-37). Eso es, de hecho, lo que la URSS sospechaba y temía.⁵ Su postura de fondo tras la guerra no era agresiva sino defensiva.

5. Mayores aún hubieran sido sus suspicacias de haber sabido que la junta de jefes de estado mayor de los Estados Unidos trazó un plan para lanzar bombas atómicas sobre las veinte ciudades principales de la Unión Soviética a las pocas semanas del fin de la guerra (Walker, 1993, pp. 26-27).

Sin embargo, la política de enfrentamiento entre ambos bandos surgió de su propia situación. La URSS, consciente de lo precario e inseguro de su posición, se enfrentaba a la potencia mundial de los Estados Unidos, conscientes de lo precario e inseguro de la situación en Europa central y occidental, y del incierto futuro de gran parte de Asia. El enfrentamiento es probable que se hubiese producido aun sin la ideología de por medio. George Kennan, el diplomático norteamericano que, a principios de 1946, formuló la política de «contención» que Washington abrazó con entusiasmo, no creía que Rusia se batiera en una cruzada por el comunismo, y —tal como demostró su carrera posterior— él mismo se guardó mucho de participar en cruzadas ideológicas (con la posible excepción de sus ataques a la política democrática, de la que tenía una pobre opinión). Kennan no era más que un buen especialista en Rusia de la vieja escuela de diplomacia entre potencias —había muchos así en las cancillerías europeas— que veía en Rusia, ya fuese la de los zares o la bolchevique, una sociedad atrasada y bárbara gobernada por hombres a quienes impulsaba una «sensación rusa tradicional e instintiva de inseguridad», siempre aislada del mundo exterior, siempre regida por autócratas, buscando siempre su «seguridad» sólo en un combate paciente y a muerte por la completa destrucción de la potencia rival, sin llegar jamás a pactos o compromisos con ésta; reaccionando siempre, por lo tanto, sólo a «la lógica de la fuerza», no a la de la razón. El comunismo, por supuesto, pensaba Kennan, hacía a la antigua Rusia más peligrosa porque reforzaba a la más brutal de las grandes potencias con la más despiadada de las utopías, es decir, de las ideologías de dominación mundial. Pero esa tesis implicaba que la única «potencia rival» de Rusia, a saber, los Estados Unidos, habría tenido que «contener» la presión rusa con una resistencia inflexible aunque Rusia no hubiese sido comunista.

Por otra parte, desde el punto de vista de Moscú, la única estrategia racional para defender y explotar su nueva posición de gran, aunque frágil, potencia internacional, era exactamente la misma: la intransigencia. Nadie sabía mejor que Stalin lo malas que eran sus cartas. No cabía negociar las posiciones que le habían ofrecido Roosevelt y Churchill cuando la intervención soviética era esencial para derrotar a Hitler y todavía se creía que sería esencial para derrotar a Japón. La URSS podía estar dispuesta a retirarse de las zonas en donde no estaba amparada por los acuerdos de las cumbres de 1943-1945, y sobre todo de Yalta —por ejemplo, la frontera entre Irán y Turquía en 1945-1946—, pero todo intento de revisión de Yalta sólo podía acogerse con una rotunda negativa, y, de hecho, el «no» del ministro de Asuntos Exteriores de Stalin, Molotov, en todas las reuniones internacionales posteriores a Yalta se hizo famoso. Los norteamericanos tenían la fuerza de su lado, aunque hasta diciembre de 1947 no dispusieron de aviones capaces de transportar las doce bombas atómicas con que contaban y el personal militar capaz de montarlas (Moisi, 1981, pp. 78-79). La URSS, no. Washington no estaba dispuesto a renunciar a nada sino a cambio de concesiones, pero eso era exactamente lo que Moscú no podía permitirse, ni siquiera a cambio de la ayuda

económica que necesitaba desesperadamente y que, en cualquier caso, los norteamericanos no querían concederles, con la excusa de que se les había «trasapelado» la petición soviética de un crédito de posguerra, presentada antes de Yalta.

En resumen, mientras que a los Estados Unidos les preocupaba el peligro de una hipotética supremacía mundial de la URSS en el futuro, a Moscú le preocupaba la hegemonía real de los Estados Unidos en el presente sobre todas las partes del mundo no ocupadas por el ejército rojo. No hubiera sido muy difícil convertir a una URSS agotada y empobrecida en otro satélite de la economía estadounidense, más poderosa por aquel entonces que todas las demás economías mundiales juntas. La intransigencia era la táctica lógica. Que destaparan el farol de Moscú, si querían.

Pero esa política de mutua intransigencia e incluso de rivalidad permanente no implica un riesgo cotidiano de guerra. Los ministros de Asuntos Exteriores británicos del siglo XIX, que daban por sentado que el afán expansionista de la Rusia de los zares debía «contenerse» constantemente al modo de Kennan, sabían perfectamente que los momentos de enfrentamiento abierto eran contados, y las crisis bélicas, todavía más. La intransigencia mutua implica aún menos una política de lucha a vida o muerte o de guerra de religión. Sin embargo, había en la situación dos elementos que contribuyeron a desplazar el enfrentamiento del ámbito de la razón al de las emociones. Como la URSS, los Estados Unidos eran una potencia que representaba una ideología considerada sinceramente por muchos norteamericanos como modelo para el mundo. A diferencia de la URSS, los Estados Unidos eran una democracia. Por desgracia, este segundo elemento era probablemente el más peligroso.

Y es que el gobierno soviético, aunque también satanizara a su antagonista global, no tenía que preocuparse por ganarse los votos de los congresistas o por las elecciones presidenciales y legislativas, al contrario que el gobierno de los Estados Unidos. Para conseguir ambos objetivos, el anticomunismo apocalíptico resultaba útil y, por consiguiente, tentador, incluso para políticos que no estaban sinceramente convencidos de su propia retórica, o que, como el secretario de Estado para la Marina del presidente Truman, James Forrestal (1882-1949), estaban lo bastante locos, médicamente hablando, como para suicidarse porque veían venir a los rusos desde la ventana del hospital. Un enemigo exterior que amenazase a los Estados Unidos les resultaba práctico a los gobiernos norteamericanos, que habían llegado a la acertada conclusión de que los Estados Unidos eran ahora una potencia mundial —en realidad, la mayor potencia mundial con mucho— y que seguían viendo el «aislacionismo» o un proteccionismo defensivo como sus mayores obstáculos internos. Si los mismísimos Estados Unidos no estaban a salvo, entonces no podían renunciar a las responsabilidades —y recompensas— del liderazgo mundial, igual que al término de la primera gran guerra. Más concretamente, la histeria pública facilitaba a los presidentes la obtención de las enormes sumas necesarias para financiar la política norte-

americana gracias a una ciudadanía notoria por su escasa predisposición a pagar impuestos. Y el anticomunismo era auténtica y visceralmente popular en un país basado en el individualismo y en la empresa privada, cuya definición nacional se daba en unos parámetros exclusivamente ideológicos («americanismo») que podían considerarse prácticamente el polo opuesto al comunismo. (Y tampoco hay que olvidar los votos de los inmigrantes procedentes de la Europa del Este soviétizada.) No fue el gobierno de los Estados Unidos quien inició el sórdido e irracional frenesí de la caza de brujas anticomunista, sino demagogos por lo demás insignificantes —algunos, como el tristemente famoso senador Joseph McCarthy, ni siquiera especialmente anticomunistas— que descubrieron el potencial político de la denuncia a gran escala del enemigo interior.⁶ El potencial burocrático ya hacía tiempo que lo había descubierto J. Edgar Hoover (1885-1972), el casi incombustible jefe del Federal Bureau of Investigations (FBI). Lo que uno de los arquitectos principales de la guerra fría denominó «el ataque de los Primitivos» (Acheson, 1970, p. 462) facilitaba y limitaba al mismo tiempo la política de Washington al hacerle adoptar actitudes extremas, sobre todo en los años que siguieron a la victoria comunista en China, de la que naturalmente se culpó a Moscú.

Al mismo tiempo, la exigencia esquizoide por parte de políticos necesitados de votos de que se instrumentara una política que hiciera retroceder la «agresión comunista» y, a la vez, ahorrarse dinero y perturbase lo menos posible la tranquilidad de los norteamericanos comprometió a Washington, y también a sus demás aliados, no sólo a una estrategia de bombas atómicas en lugar de tropas, sino a la tremenda estrategia de las «represalias masivas» anunciada en 1954. Al agresor en potencia había que amenazarlo con armas atómicas aun en el caso de un ataque convencional limitado. En resumen, los Estados Unidos se vieron obligados a adoptar una actitud agresiva, con una flexibilidad táctica mínima.

Así, ambos bandos se vieron envueltos en una loca carrera de armamentos que llevaba a la destrucción mutua, en manos de la clase de generales atómicos y de intelectuales atómicos cuya profesión les exigía que no se dieran cuenta de esta locura. Ambos grupos se vieron también implicados en lo que el presidente Eisenhower, un militar moderado de la vieja escuela que se encontró haciendo de presidente en pleno viaje a la locura sin acabar de contagiarse del todo, calificó, al retirarse, de «complejo militar-industrial», es decir, la masa creciente de hombres y recursos dedicados a la preparación de la guerra. Los intereses creados de estos grupos eran los mayores que jamás hubiesen existido en tiempos de paz entre las potencias. Como era de esperar, ambos complejos militar-industriales contaron con el apoyo de sus respectivos gobiernos para usar su superávit para atraerse y

6. El único político con entidad propia que surgió del submundo de la caza de brujas fue Richard Nixon. el más desagradable de entre los presidentes norteamericanos de la posguerra (1968-1974).

armar aliados y satélites, y, cosa nada desdeñable, para hacerse con lucrativos mercados para la exportación, al tiempo que se guardaban para sí las armas más modernas, así como, desde luego, las armas atómicas. Y es que, en la práctica, las superpotencias mantuvieron el monopolio nuclear. Los británicos consiguieron sus propias bombas en 1952, irónicamente con el propósito de disminuir su dependencia de los Estados Unidos; los franceses (cuyo arsenal atómico era de hecho independiente de los Estados Unidos) y los chinos en los años sesenta. Mientras duró la guerra fría, ninguno de estos arsenales contó. Durante los años setenta y ochenta, algunos otros países adquirieron la capacidad de producir armas atómicas, sobre todo Israel, Suráfrica y seguramente la India, pero esta proliferación nuclear no se convirtió en un problema internacional grave hasta después del fin del orden mundial bipolar de las dos superpotencias en 1989.

Así pues, ¿quién fue el culpable de la guerra fría? Como el debate sobre el tema fue durante mucho tiempo un partido de tenis ideológico entre quienes le echaban la culpa exclusivamente a la URSS y quienes (en su mayoría, todo hay que decirlo, norteamericanos) decían que era culpa sobre todo de los Estados Unidos, resulta tentador unirse al grupo intermedio, que le echa la culpa al temor mutuo surgido del enfrentamiento hasta que «los dos bandos armados empezaron a movilizarse bajo banderas opuestas» (Walker, 1993, p. 55). Esto es verdad, pero no toda la verdad. Explica lo que se ha dado en llamar la «congelación» de los frentes en 1947-1949; la partición gradual de Alemania, desde 1947 hasta la construcción del muro de Berlín en 1961; el fracaso de los anticomunistas occidentales a la hora de evitar verse envueltos en la alianza militar dominada por los Estados Unidos (con la excepción del general De Gaulle en Francia); y el fracaso de quienes, en el lado oriental de la línea divisoria, intentaron evitar la total subordinación a Moscú (con la excepción del mariscal Tito en Yugoslavia). Pero no explica el *tono* apocalíptico de la guerra fría. Eso vino de los Estados Unidos. Todos los gobiernos de Europa occidental, con o sin partidos comunistas importantes, fueron sin excepción plenamente anticomunistas, decididos a protegerse contra un posible ataque militar soviético. Ninguno hubiera dudado de haber tenido que elegir entre los Estados Unidos y la URSS, ni siquiera los comprometidos por su historia, su política o por tratar de ser neutrales. Y, sin embargo, la «conspiración comunista mundial» no fue nunca parte importante de la política interna de ninguno de los países que podían afirmar ser políticamente democráticos, por lo menos tras la inmediata posguerra. Entre los países democráticos, *sólo* en los Estados Unidos se eligieron presidentes (como John F. Kennedy en 1960) para ir en contra del comunismo, que, en términos de política interna, era tan insignificante en el país como el budismo en Irlanda. Si alguien puso el espíritu de cruzada en la *Realpolitik* del enfrentamiento internacional entre potencias y allí lo dejó fue Washington. En realidad, tal como demuestra la retórica electoral de J. F. Kennedy con la claridad de la buena oratoria, la cuestión no era la amenaza teórica de dominación mundial comunista, sino el mantenimiento de la supremacía real

de los Estados Unidos.⁷ Hay que añadir, no obstante, que los gobiernos de la OTAN, aunque no estuviesen del todo contentos con la política norteamericana, estaban dispuestos a aceptar la supremacía norteamericana como precio de la protección contra el poderío militar de un sistema político abominable mientras ese sistema continuara existiendo. Esos gobiernos estaban tan poco dispuestos a confiar en la URSS como Washington. En resumen, la «contención» era la política de todos; la destrucción del comunismo, no.

III

Aunque el aspecto más visible de la guerra fría fuera el enfrentamiento militar y la carrera de armamento atómico cada vez más frenética en Occidente, ese no fue su impacto principal. Las armas atómicas no se usaron, pese a que las potencias nucleares participaran en tres grandes guerras (aunque sin llegar a enfrentarse). Sobresaltados por la victoria comunista en China, los Estados Unidos y sus aliados (bajo el disfraz de las Naciones Unidas) intervinieron en Corea en 1950 para impedir que el régimen comunista del norte de ese país dividido se extendiera hacia el sur. El resultado fue de tablas. Volvieron a hacer lo mismo en Vietnam, y perdieron. La URSS se retiró en 1988 después de haber prestado asistencia militar al gobierno amigo de Afganistán contra las guerrillas apoyadas por los Estados Unidos y pertrechadas por Pakistán. En resumen, los costosos equipamientos militares propios de la rivalidad entre superpotencias demostraron ser ineficaces. La amenaza de guerra constante generó movimientos pacifistas internacionales, dirigidos fundamentalmente contra las armas nucleares, que ocasionalmente se convirtieron en movimientos de masas en parte de Europa, y que los apóstoles de la guerra fría consideraban como armas secretas de los comunistas. Los movimientos en pro del desarme nuclear tampoco resultaron decisivos, aunque un movimiento antibelicista en concreto, el de los jóvenes norteamericanos que se opusieron a ser reclutados para participar en la guerra de Vietnam (1965-1975), demostró ser más eficaz. Al final de la guerra fría, estos movimientos dejaron tras de sí el recuerdo de una buena causa y algunas curiosas reliquias periféricas, como la adopción del logotipo antinuclear por parte de los movimientos contraculturales post-1968, y un arraigado prejuicio entre los ecologistas contra cualquier clase de energía nuclear.

Mucho más evidentes resultan las consecuencias políticas de la guerra fría, que, casi de inmediato, polarizó el mundo dominado por las superpotencias en dos «bandos» claramente divididos. Los gobiernos de unidad nacional antifascista que habían dirigido Europa hasta el final de la guerra

7. «Haremos acopio de energía y volveremos a ser los primeros. No los primeros si... No los primeros, pero... Sino los primeros, y punto. No quiero que el mundo se pregunte qué hace el señor Krushev. Quiero que se pregunten qué hacen los Estados Unidos» (Beschloss, 1991, P. 28).

(con la significativa excepción de los tres principales contendientes, la URSS, los Estados Unidos y Gran Bretaña) se escindieron en regímenes pro y anticomunistas homogéneos en 1947-1948. En Occidente, los comunistas desaparecieron de los gobiernos para convertirse en parias políticos permanentes. Los Estados Unidos tenían prevista una intervención militar en caso de victoria comunista en las elecciones italianas de 1948. La URSS siguió el mismo camino eliminando a los no comunistas de las «democracias populares» pluripartidistas, que fueron clasificadas desde entonces como «dictaduras del proletariado», o sea, de los partidos comunistas. Se creó una Internacional Comunista curiosamente limitada y eurocéntrica (la «Cominform» u Oficina de Información Comunista) para hacer frente a los Estados Unidos, pero se disolvió discretamente en 1956 en cuanto el clima internacional se hubo enfriado un poco. La dominación soviética directa quedó firmemente establecida en toda la Europa oriental, salvo, curiosamente, Finlandia, que estaba a merced de los soviéticos y cuyo importante Partido Comunista se salió del gobierno en 1948. El porqué Stalin se contuvo cuando podría haber instalado un gobierno satélite allí sigue estando poco claro, aunque tal vez lo disuadieran las altas probabilidades de que los finlandeses se alzarán en armas una vez más (igual que en 1939-1940 y 1941-1944), pues lo cierto es que Stalin no tenía ningunas ganas de correr el riesgo de entrar en una guerra que se le pudiera ir de las manos. Por otra parte, Stalin intentó en vano imponer el dominio soviético a la Yugoslavia de Tito, que, en consecuencia, rompió con Moscú en 1948, sin unirse al otro bando.

La política del bloque comunista fue, a partir de entonces, previsiblemente monolítica, aunque la fragilidad del monolito fue cada vez más evidente a partir de 1956 (véase el capítulo XVI)... La política de los estados europeos alineados con los Estados Unidos fue menos unicolor, ya que a la práctica totalidad de los partidos políticos locales, salvo los comunistas, les unía su antipatía por los soviéticos. En cuestiones de política exterior, no importaba quién estuviera al mando. Sin embargo, los Estados Unidos simplificaron las cosas en dos de los antiguos países enemigos, Japón e Italia, al crear lo que venía a ser un sistema permanente de partido único. En Tokio, los Estados Unidos impulsaron la fundación del Partido Demócrata-Liberal (1955), y en Italia, al insistir en la exclusión total del poder del partido de oposición natural porque daba la casualidad de que eran los comunistas, entregaron el país a la Democracia Cristiana, con el apoyo suplementario, según lo requiriera la ocasión, de una selección de minipartidos: liberales, republicanos, etc. A partir de principios de los años sesenta, el único partido importante que faltaba, el socialista, se unió a la coalición gubernamental, tras haber disuelto su larga alianza con los comunistas después de 1956. Las consecuencias para ambos países fueron la estabilización de los comunistas (en Japón, los socialistas) como la principal fuerza opositora, y la instalación de unos regímenes de corrupción institucional a una escala tan asombrosa que, cuando finalmente afloró en 1992-1993, escandalizó a los propios italianos y japoneses. Tanto gobierno como oposición, encallados por

este procedimiento, se hundieron con el equilibrio de las superpotencias que había creado ese estado de cosas.

Aunque los Estados Unidos pronto alteraron la política de reformas antimonopolísticas que sus asesores rooseveltianos habían impuesto inicialmente en la Alemania y el Japón ocupados, por suerte para la tranquilidad de los aliados de los norteamericanos, la guerra había eliminado de la escena pública al nacionalsocialismo, al fascismo, al nacionalismo japonés radical y a gran parte de los sectores derechistas y nacionalistas del espectro político. Era, pues, imposible de momento movilizar a esos elementos anticomunistas de eficacia incuestionable en la lucha del «mundo libre» contra el «totalitarismo», pero sí podía hacerse, en cambio, con las restauradas grandes empresas alemanas y los *zaibatsu* japoneses.⁸ La base política de los gobiernos occidentales de la guerra fría abarcaba, así, desde la izquierda socialdemócrata de antes de la guerra a la derecha moderada no nacionalista de antes de la guerra. En este último campo, los partidos vinculados a la Iglesia católica demostraron ser particularmente útiles, ya que las credenciales anticomunistas y conservadoras de la Iglesia eran de primer orden, pero sus partidos «cristianodemócratas» (véase el capítulo IV) poseían sólidas credenciales antifascistas y, al mismo tiempo, programas sociales no socialistas. Así, estos partidos desempeñaron un papel básico en la política occidental posterior a 1945, temporalmente en Francia y de modo más permanente en Alemania, Italia, Bélgica y Austria (véanse también pp. 285-286).

Sin embargo, los efectos de la guerra fría sobre la política internacional europea fueron más notables que sobre la política interna continental: la guerra fría creó la Comunidad Europea con todos sus problemas; una forma de organización política sin ningún precedente, a saber, un organismo permanente (o por lo menos de larga duración) para integrar las economías y, en cierta medida, los sistemas legales de una serie de estados-nación independientes. Formada al principio (1957) por seis estados (Francia, República Federal de Alemania, Italia, Países Bajos, Bélgica y Luxemburgo), a finales del siglo XX corto, cuando el sistema empezó a tambalearse al igual que todos los productos de la guerra fría, se le habían unido seis más (Gran Bretaña, Irlanda, España, Portugal, Dinamarca, Grecia), y se había comprometido en principio a alcanzar un mayor grado de integración tanto política como económica, que llevara a una unión política permanente, federal o confederal, de «Europa».

La Comunidad fue creada, como otras muchas cosas en la Europa de después de 1945, tanto por los Estados Unidos como en contra de ellos, e ilustra tanto el poder como la ambigüedad de este país y sus limitaciones; pero también ilustra la fuerza del miedo que mantenía unida a la alianza antisoviética, miedo no sólo a la URSS: para Francia, Alemania seguía siendo el peligro principal, y el temor a una gran potencia renacida en la Europa cen-

8. Sin embargo, a los antiguos fascistas los emplearon sistemáticamente desde un principio en los servicios de inteligencia y en otras funciones apartadas del escrutinio público.

tral lo compartían, en menor grado, los demás países ex contendientes u ocupados de Europa, todos los cuales se veían ahora unidos en la OTAN tanto con los Estados Unidos como con una Alemania resucitada en lo económico y rearmada, aunque afortunadamente mutilada. También había miedo a los Estados Unidos, aliado indispensable frente a la URSS, pero sospechoso por su falta de fiabilidad: un aliado que, de forma nada sorprendente, podía ser capaz de poner los intereses de la supremacía mundial norteamericana por encima de todo lo demás, incluidos los intereses de sus aliados. No hay que olvidar que en todos los cálculos efectuados sobre el mundo de la posguerra, así como en todas las decisiones de la posguerra, «la premisa de toda política era la preeminencia económica norteamericana» (Maier, 1987, p. 125).

Por suerte para los aliados de los norteamericanos, la situación de la Europa occidental en 1946-1947 parecía tan tensa que Washington creyó que el desarrollo de una economía europea fuerte, y algo más tarde de una economía japonesa fuerte, era la prioridad más urgente y, en consecuencia, los Estados Unidos lanzaron en junio de 1947 el plan Marshall, un proyecto colosal para la recuperación de Europa. A diferencia de las ayudas anteriores, que formaban parte de una diplomacia económica agresiva, el plan Marshall adoptó la forma de transferencias a fondo perdido más que de créditos. Una vez más fue una suerte para los aliados que los planes norteamericanos para una economía mundial de libre comercio, libre convertibilidad de las monedas y mercados libres en una posguerra dominada por ellos, carecieran totalmente de realismo, aunque sólo fuese porque las tremendas dificultades de pago de Europa y Japón, sedientos de los tan escasos dólares, significaban que no había perspectivas inmediatas de liberalización del comercio y de los pagos. Tampoco estaban los Estados Unidos en situación de imponer a los estados europeos su ideal de un plan europeo único, que condujera, a ser posible, hacia una Europa unida según el modelo estadounidense en su estructura política, así como en una floreciente economía de libre empresa. Ni a los británicos, que todavía se consideraban una potencia mundial, ni a los franceses, que soñaban con una Francia fuerte y una Alemania dividida, les gustaba. No obstante, para los norteamericanos, una Europa reconstruida eficazmente y parte de la alianza antisoviética que era el lógico complemento del plan Marshall —la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) de 1949— tenía que basarse, siendo realistas, en la fortaleza económica alemana ratificada con el rearme de Alemania. Lo mejor que los franceses podían hacer era vincular los asuntos de Alemania Occidental y de Francia tan estrechamente que resultara imposible un conflicto entre estos dos antiguos adversarios. Así pues, los franceses propusieron su propia versión de una unión europea, la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (1951), que luego se transformó en la Comunidad Económica Europea o Mercado Común Europeo (1957), más adelante simplemente en la Comunidad Europea, y, a partir de 1993, en la Unión Europea. Tenía su cuartel general en Bruselas, pero la alianza franco-alemana era su núcleo. La Comuni-

dad Europea se creó como *alternativa* a los planes de integración europea de los Estados Unidos. Una vez más, el fin de la guerra fría socavó las bases sobre las que se asentaban la Comunidad Europea y la alianza franco-alemana, en buena medida por los desequilibrios provocados por la reunificación alemana de 1990 y los problemas económicos imprevistos que acarreeó.

No obstante, aunque los Estados Unidos fuesen incapaces de imponer a los europeos sus planes económico-políticos en todos sus detalles, eran lo bastante fuertes como para controlar su posición internacional. La política de alianza contra la URSS era de los Estados Unidos, al igual que sus planes militares. Alemania se rearmó, las ansias de neutralidad europea fueron eliminadas con firmeza y el único intento de determinadas potencias occidentales por adoptar una política exterior independiente de la de Estados Unidos —la guerra anglo-francesa de Suez contra Egipto en 1956— fue abortado por la presión de los norteamericanos. Lo máximo que los aliados o los satélites podían permitirse era rechazar la total integración dentro de la alianza militar sin salirse del todo de la misma (como hizo el general De Gaulle).

Y sin embargo, a medida que se fue prolongando la guerra fría fue creciendo la distancia entre el avasallador dominio militar y, por lo tanto, político, de la alianza por parte de Washington y los resultados cada vez peores de la economía norteamericana. El peso económico del mundo se estaba desplazando de los Estados Unidos a las economías europea y japonesa, que aquéllos tenían la convicción de haber rescatado y reconstruido (véase el capítulo IX). Los dólares, tan escasos en 1947, habían ido saliendo de Estados Unidos como un torrente cada vez mayor, acelerado —sobre todo en los años sesenta— por la afición norteamericana a financiar el déficit provocado por los enormes costes de sus actividades militares planetarias, especialmente la guerra de Vietnam (después de 1965), así como por el programa de bienestar social más ambicioso de la historia de los Estados Unidos. El dólar, pieza fundamental de la economía mundial de posguerra tal como la habían concebido y garantizado los Estados Unidos, se debilitó. Respaldado en teoría por el oro de Fort Knox, que había llegado a poseer tres cuartas partes de las reservas mundiales, en la práctica se trataba cada vez más de un torrente de papel o de asientos en libros de contabilidad; pero como la estabilidad del dólar la garantizaba su vínculo con una cantidad determinada de oro, los precavidos europeos, encabezados por los superprecavidos franceses, preferían cambiar papel potencialmente devaluado por lingotes macizos. Así pues, el oro salió a chorros de Fort Knox, y su precio aumentó al tiempo que lo hacía la demanda. Durante la mayor parte de los años sesenta la estabilidad del dólar, y con ella la del sistema internacional de pagos, ya no se basó más en las reservas de los Estados Unidos, sino en la disposición de los bancos centrales europeos —presionados por los Estados Unidos— a no cambiar sus dólares por oro, y a unirse a un «bloqueo del oro» para estabilizar el precio del metal en los mercados. Pero eso no duró: en 1968, el «bloqueo del oro», ago-

tados sus recursos, se disolvió, con lo que, de hecho, se puso fin a la convertibilidad del dólar, formalmente abandonada en agosto de 1971 y, con ella, la estabilidad del sistema internacional de pagos, cuyo dominio por parte de los Estados Unidos o de cualquier otro país tocó a su fin.

Cuando acabó la guerra fría, la hegemonía económica norteamericana había quedado tan mermada que el país ni siquiera podía financiar su propia hegemonía militar. La guerra del Golfo de 1991 contra Irak, una operación militar esencialmente norteamericana, la pagaron, con ganas o sin ellas, terceros países que apoyaban a Washington, y fue una de las escasas guerras de las que una gran potencia sacó pingües beneficios. Por suerte para las partes afectadas, salvo para la infeliz población iraquí, todo terminó en cuestión de días.

IV

En un determinado momento de principios de los años sesenta, pareció como si la guerra fría diera unos pasos hacia la senda de la cordura. Los años peligrosos, desde 1947 hasta los dramáticos acontecimientos de la guerra de Corea (1950-1953), habían transcurrido sin una conflagración mundial, al igual que sucedió con los cataclismos que sacudieron el bloque soviético tras la muerte de Stalin (1953), sobre todo a mediados de los años cincuenta. Así, lejos de desencadenarse una crisis social, los países de la Europa occidental empezaron a darse cuenta de que en realidad estaban viviendo una época de prosperidad inesperada y general, que comentaremos con mayor detalle en el capítulo siguiente. En la jerga tradicional de los diplomáticos, la disminución de la tensión era la «distensión», una palabra que se hizo de uso corriente.

El término había surgido a finales de los años cincuenta, cuando N. S. Krushev estableció su supremacía en la URSS después de los zafarranchos postestalinistas (1958-1964). Este admirable diamante en bruto, que creía en la reforma y en la coexistencia pacífica, y que, por cierto, vació los campos de concentración de Stalin, dominó la escena internacional en los años que siguieron. Posiblemente fue también el único campesino que haya llegado a dirigir un estado importante. Sin embargo, la distensión tuvo que sobrevivir primero a lo que pareció una etapa de confrontaciones de una tensión insólita entre la afición de Krushev a las fanfarronadas y a las decisiones impulsivas y la política de grandes gestos de John F. Kennedy (1960-1963), el presidente norteamericano más sobrevalorado de este siglo. Las dos superpotencias estaban dirigidas, pues, por dos amantes del riesgo en una época en la que, es difícil de recordar, el mundo occidental capitalista creía estar perdiendo su ventaja sobre las economías comunistas, que habían crecido más deprisa que las suyas en los años cincuenta. ¿Acaso no habían demostrado una (breve) superioridad tecnológica respecto a los Estados Unidos con el espectacular triunfo de los satélites y cosmonautas soviéticos? Además, ¿no acababa de triunfar el comunismo, ante el asombro general, en Cuba, un país que se encontraba apenas a unos kilómetros de Florida? (capítulo XV).

La URSS, en cambio, estaba preocupada no sólo por la retórica ambigua y a menudo belicosa en extremo de Washington, sino también por la ruptura fundamental con China, que ahora acusaba a Moscú de haber suavizado su actitud respecto al capitalismo, con lo que Krushev, pese a sus intenciones pacíficas, se vio forzado a adoptar en público una actitud más intransigente hacia Occidente. Al mismo tiempo, la brusca aceleración de la descolonización y de las revoluciones en el tercer mundo (véanse los capítulos VII, XII y XV) parecía favorecer a los soviéticos. Unos Estados Unidos nerviosos pero confiados se enfrentaron así a una URSS confiada pero nerviosa por Berlín, por el Congo, por Cuba.

En realidad, el resultado neto de esta fase de amenazas mutuas y de apurar los límites fue la relativa estabilización del sistema internacional y el acuerdo tácito por parte de ambas superpotencias de no asustarse mutuamente ni asustar al resto del mundo, cuyo símbolo fue la instalación del «teléfono rojo» que entonces (1963) conectó a la Casa Blanca con el Kremlin. El muro de Berlín (1961) cerró la última frontera indefinida existente entre el Este y el Oeste en Europa. Los Estados Unidos aceptaron tener a la Cuba comunista a su puerta. Las diminutas llamas de las guerras de liberación y de guerrillas encendidas por la revolución cubana en América Latina y por la ola de descolonización en África no se convirtieron en incendios forestales, sino que aparentemente se fueron apagando (véase el capítulo XV). Kennedy fue asesinado en 1963; a Krushev le obligó a hacer las maletas en 1964 la clase dirigente soviética, que prefería una forma menos impetuosa de actuar en política. De hecho, en los años sesenta y setenta se dieron pasos significativos hacia el control y la limitación del armamento nuclear: tratados de prohibición de las pruebas nucleares, tentativas por detener la proliferación nuclear (aceptadas por quienes ya tenían armas atómicas o no creían llegar a tenerlas nunca, pero no por quienes estaban armando su propio arsenal atómico, como China, Francia e Israel), un Tratado de Limitación de las Armas Estratégicas (SALT) entre los Estados Unidos y la URSS, e incluso un cierto acuerdo sobre los misiles antibalísticos (ABM) de cada bando. Y, lo que hace más al caso, el comercio entre los Estados Unidos y la URSS, estrangulado por razones políticas por ambos lados durante tanto tiempo, empezó a florecer con el paso de los años sesenta a los setenta. Las perspectivas parecían halagüeñas.

No fue así. A mediados de los años setenta el mundo entró en lo que se ha denominado la «segunda» guerra fría (véase el capítulo XV), que coincidió con importantes cambios en la economía mundial, el período de crisis prolongada que caracterizó a las dos décadas a partir de 1973 y que llegó a su apogeo a principios de los años ochenta (capítulo XIV). Sin embargo, al principio el cambio de clima económico apenas fue apreciado por los participantes en el juego de las superpotencias, salvo por el brusco tirón de los precios de las fuentes de energía provocado por el certero golpe de mano del cártel de productores de petróleo, la OPEP, uno de los acontecimientos que parecían apuntar hacia un debilitamiento de la dominación internacional de

los Estados Unidos. Ambas superpotencias estaban satisfechas con la solidez de sus respectivas economías. Los Estados Unidos se vieron mucho menos perjudicados por la recesión económica que Europa; la URSS —los dioses hacen felices al principio a quienes quieren destruir— creía que todo le iba viento en popa. Leónidas Brezhnev, el sucesor de Krushev, presidente durante lo que los reformistas soviéticos denominarían «la era del estancamiento», parecía tener razones para sentirse optimista, sobre todo porque la crisis del petróleo de 1973 acababa de cuadruplicar el valor internacional a precios de mercado de los gigantescos yacimientos de petróleo y gas natural recién descubiertos en la URSS a mediados de los años sesenta.

Pero dejando aparte la economía, dos acontecimientos interrelacionados produjeron un aparente desequilibrio entre las superpotencias. El primero fue lo que parecía ser la derrota y desestabilización de los Estados Unidos al embarcarse en una guerra de importancia: Vietnam desmoralizó y dividió a la nación, entre escenas televisadas de disturbios y de manifestaciones antibélicas; destruyó a un presidente norteamericano; condujo a una derrota y una retirada anunciadas por todo el mundo al cabo de diez años (1965-1975); y, lo que es más importante en este contexto, demostró el aislamiento de los Estados Unidos. Y es que ni un solo aliado europeo de los norteamericanos envió siquiera un contingente de tropas simbólico a luchar junto a las fuerzas estadounidenses. Por qué los Estados Unidos acabaron enfangados en una guerra que estaban condenados a perder, y contra la cual tanto sus aliados como la misma URSS les habían alertado,⁹ es algo que resultaría casi imposible de entender, de no ser por la espesa niebla de incomprensión, confusión y paranoia por entre la que los principales protagonistas de la guerra fría iban tanteando el camino.

Y, por si Vietnam no hubiera bastado para demostrar el aislamiento de los Estados Unidos, la guerra del Yom Kippur de 1973 entre Israel, convertido en el máximo aliado de los Estados Unidos en Próximo Oriente, y las fuerzas armadas de Egipto y Siria, equipadas por la Unión Soviética, lo puso todavía más de manifiesto. Y es que cuando Israel, en situación extrema, faltó de aviones y de munición, pidió a los Estados Unidos que le facilitaran suministros, los aliados europeos, con la única salvedad de Portugal, uno de los últimos bastiones del fascismo de antes de la guerra, se negaron incluso a permitir que los aviones estadounidenses emplearan sus bases aéreas conjuntas para este fin. (Los suministros llegaron a Israel a través de las Azores.) Los Estados Unidos creían, sin que uno pueda ver por qué, que estaban en juego sus propios intereses vitales. De hecho, el secretario de Estado norteamericano, Henry Kissinger (cuyo presidente, Richard Nixon, estaba ocupado tratando de librarse de que lo destituyeran), llegó a declarar la primera alerta atómica desde la crisis de los misiles cubanos, una maniobra típica, por

9. «Si quieren, vayan y peleen en las junglas del Vietnam. Allí pelearon siete años los franceses, y al final tuvieron que irse. Puede que los americanos duren ahí algo más, pero al final también tendrán que irse»; Krushev a Dean Rusk en 1961 (Beschloss, 1991, p. 649).

su brutal doblez, de este personaje hábil y cínico, pero que no hizo cambiar de opinión a los aliados de los norteamericanos, más pendientes del suministro de crudo de Próximo Oriente que de apoyar una jugada de los Estados Unidos que según Washington sostenía, con poco éxito, era esencial en la lucha global contra el comunismo. Y es que, mediante la OPEP, los países árabes de Próximo Oriente habían hecho todo lo posible por impedir que se apoyara a Israel, cortando el suministro de petróleo y amenazando con un embargo de crudo. Al hacerlo, descubrieron que podían conseguir que se multiplicara el precio mundial del petróleo. Los ministros de Asuntos Exteriores del mundo entero tomaron nota de que los todopoderosos Estados Unidos no hicieron ni podían hacer nada al respecto.

Vietnam y Próximo Oriente debilitaron a los Estados Unidos, aunque no alteraron el equilibrio global de las superpotencias ni la naturaleza de la confrontación en los distintos escenarios regionales de la guerra fría. No obstante, entre 1974 y 1979 surgió una nueva oleada de revoluciones por una extensa zona del globo (véase el capítulo XV). Esta tercera ronda de convulsiones del siglo XX corto parecía como si fuera a alterar el equilibrio de las superpotencias en contra de los Estados Unidos, ya que una serie de regímenes africanos, asiáticos e incluso americanos se pasaron al bando soviético y, en concreto, facilitaron a la URSS bases militares, sobre todo navales, fuera del territorio original de ésta, sin apenas salida al mar. La coincidencia de esta tercera oleada de revoluciones mundiales con el fracaso y derrota públicos de los norteamericanos fue lo que engendró la segunda guerra fría. Pero también fue la coincidencia de ambos elementos con el optimismo y la autosatisfacción de la URSS de Brezhnev en los años setenta lo que convirtió esta segunda guerra fría en una realidad. En esta etapa los conflictos se dirimieron mediante una combinación de guerras locales en el tercer mundo, en las que combatieron indirectamente los Estados Unidos, que evitaron esta vez el error de Vietnam de comprometer sus propias tropas, y mediante una aceleración extraordinaria de la carrera de armamentos atómicos, lo primero menos y nacional que lo segundo.

Dado que la situación en Europa se había estabilizado de forma tan visible —ni siquiera la revolución portuguesa de 1974 ni el fin del régimen de Franco en España la alteraron— y que las líneas divisorias estaban tan claras, en la práctica ambas superpotencias habían trasladado su rivalidad al tercer mundo. La distensión en Europa dio a los Estados Unidos en tiempos de Nixon (1968-1974) y de Kissinger la oportunidad de apuntarse dos grandes éxitos: la expulsión de los soviéticos de Egipto y, algo mucho más significativo, la entrada informal de China en la alianza antisoviética. La nueva oleada de revoluciones, probablemente todas dirigidas contra los regímenes conservadores cuyo adalid mundial eran los Estados Unidos, dio a la URSS la oportunidad de recuperar la iniciativa. Al pasar los restos del imperio colonial portugués en África (Angola, Mozambique, Guinea Bissau, Cabo Verde) al dominio comunista y al mirar hacia el Este la revolución que derrocó al emperador de Etiopía; al adquirir la marina soviética, en rápido crecimiento,

nuevas e importantes bases a ambos lados del océano Índico; al caer el sha del Irán, un estado de ánimo cercano a la histeria se apoderó del debate público y privado de los norteamericanos. ¿De qué otro modo (salvo, en parte, por una prodigiosa ignorancia de la topografía de Asia) podemos explicar la opinión de los norteamericanos, expresada en serio en esos momentos, de que la entrada de tropas soviéticas en Afganistán representaba el primer paso de un avance soviético que pronto llegaría al océano Índico y al golfo Pérsico?¹⁰ (véase la p. 476).

La injustificada autosatisfacción de los soviéticos alentó el miedo. Mucho antes de que los propagandistas norteamericanos explicaran, *a posteriori*, cómo los Estados Unidos se lanzaron a ganar la guerra fría arruinando a su antagonista, el régimen de Brezhnev había empezado a arruinarse él solo al emprender un programa de armamento que elevó los gastos en defensa en un promedio anual del 4-5 por 100 (en términos reales) durante los veinte años posteriores a 1964. La carrera había sido absurda, aunque le proporcionó a la URSS la satisfacción de poder decir que había alcanzado la paridad con los Estados Unidos en lanzadoras de misiles en 1971, y una superioridad del 25 por 100 en 1976 (aunque siguió estando muy por debajo de los Estados Unidos en cabezas nucleares). Hasta el pequeño arsenal atómico soviético había disuadido a los Estados Unidos durante la crisis de Cuba, y hacía tiempo que ambos bandos podían convertir el uno al otro en un montón de escombros. El esfuerzo sistemático soviético por crear una marina con una presencia mundial en todos los océanos —o, más bien, dado que su fuerte eran los submarinos, debajo de los mismos— tampoco era mucho más sensato en términos estratégicos, pero por lo menos era comprensible como gesto político de una superpotencia global, que reclamaba el derecho a hacer ondear su pabellón en todo el mundo. Pero el hecho mismo de que la URSS ya no aceptase su confinamiento regional les pareció a los guerreros fríos norteamericanos la prueba palpable de que la supremacía occidental terminaría si no se reafirmaba mediante una demostración de fuerza. La creciente confianza que llevó a Moscú a abandonar la cautela poskruscheviana en asuntos internacionales se lo confirmaba.

Por supuesto, la histeria de Washington no se basaba en razonamientos lógicos. En términos reales, el poderío norteamericano, a diferencia de su prestigio, continuaba siendo decisivamente mayor que el poderío soviético. En cuanto a la economía y la tecnología de ambos bandos, la superioridad occidental (y japonesa) era incalculable. Puede que los soviéticos, duros e inflexibles, hubieran conseguido mediante esfuerzos titánicos levantar la mejor economía del mundo al estilo de 1890 (por citar a Jowitt, 1991, p. 78), pero ¿de qué le servía a la URSS que a mediados de los años ochenta produjera un 80 por 100 más de acero, el doble de hierro en lingotes y cinco veces

10. La afirmación de que los sandinistas de Nicaragua habían llevado una amenaza militar a pocos días de camino por carretera de la frontera de Texas fue otra muestra típica de geopolítica de mapa de escuela.

más tractores que los Estados Unidos, si no había logrado adaptarse a una economía basada en la silicona y en el *software*? (véase el capítulo XVI). No había absolutamente ningún indicio ni probabilidad de que la URSS deseara una guerra (excepto, tal vez, contra China), y mucho menos de que planeara un ataque militar contra Occidente. Los delirantes escenarios de ataque nuclear procedentes de los guerreros fríos en activo y la propaganda gubernamental de Occidente a principios de los años ochenta eran de cosecha propia, aunque, en la práctica, acabaron por convencer a los soviéticos de que un ataque nuclear preventivo occidental contra la URSS era posible o incluso —como en algunos momentos de 1983— inminente (Walker, 1993, capítulo 11), y desencadenaron el mayor movimiento pacifista y antinuclear de masas de la guerra fría, la campaña contra el despliegue de una nueva gama de misiles en Europa.

Los historiadores del siglo XXI, *lejos* del recuerdo vivo de los setenta y los ochenta, se devanarán los sesos ante la aparente insensatez de este brote de fiebre militar, la retórica apocalíptica y la conducta internacional a menudo extravagante de los gobiernos estadounidenses, sobre todo en los primeros años del presidente Reagan (1980-1988). Tendrán que valorar la hondura de los traumas subjetivos de derrota, impotencia y pública ignominia que afligieron a la clase política de los Estados Unidos en los años setenta, doblemente penosos por el desprestigio en que cayó la presidencia de los Estados Unidos en los años en que Richard Nixon (1968-1974) tuvo que dimitir por un sórdido escándalo, para ser luego ejercida por dos insignificantes presidentes. Todo ello culminó en el humillante episodio de la toma de los diplomáticos estadounidenses como rehenes en Irán durante la revolución iraní, en las revoluciones comunistas de un par de pequeños países centroamericanos y en una segunda crisis internacional del petróleo, al subir de nuevo la OPEP los precios del crudo hasta un máximo histórico.

La política de Ronald Reagan, elegido presidente en 1980, sólo puede entenderse como el afán de lavar la afrenta de lo que se vivía como una humillación, demostrando la supremacía y la invulnerabilidad incontestables de los Estados Unidos con gestos de fuerza militar contra blancos fáciles, como la invasión de la islita caribeña de Granada (1983), el contundente ataque naval y aéreo contra Libia (1986) y la todavía más contundente y absurda invasión de Panamá (1989). Reagan, acaso porque era un actor del montón, comprendió el estado de ánimo de su pueblo y la hondura de las heridas de su amor propio. Al final, el trauma sólo sanó gracias al inesperado, imprevisto y definitivo hundimiento del gran antagonista, que dejó a los Estados Unidos como única potencia global. Pero aun entonces cabe detectar en la guerra del Golfo contra Irak en 1991 una tardía compensación por los terribles momentos de 1973 y 1979, cuando la mayor potencia de la tierra no supo cómo responder a un consorcio de débiles países tercermundistas que amenazaban con asfixiar sus suministros de crudo.

La cruzada contra el «imperio del mal», a la que el gobierno del presidente Reagan —por lo menos en público— consagró sus energías, estaba,

pues, concebida como una terapia para los Estados Unidos más que como un intento práctico de restablecer el equilibrio mundial entre las superpotencias. Esto último, en realidad, se había llevado a cabo discretamente a finales de los años setenta, cuando la OTAN —con un presidente norteamericano demócrata y gobiernos socialdemócratas y laboristas en Alemania y en Gran Bretaña— empezó a rearmarse, y a los nuevos estados africanos de izquierdas los mantenían a raya desde el principio movimientos o estados apoyados por los Estados Unidos, con apreciable éxito en el centro y el sur de África (donde podían actuar en conjunción con el formidable régimen del *apartheid* de la República de Suráfrica), pero con menos fortuna en el Cuerno de África. (En ambas áreas los rusos contaron con la inapreciable ayuda de fuerzas expedicionarias cubanas, prueba del compromiso de Fidel Castro con las revoluciones del tercer mundo, así como de su alianza con la URSS.) La aportación reaganiana a la guerra fría fue de otra índole.

Fue una aportación no tanto práctica como ideológica: parte de la reacción occidental a las alteraciones de la época de disturbios e incertidumbres en que pareció entrar el mundo tras el fin de la edad de oro (véase el capítulo XIV). Una larga etapa de gobiernos centristas y socialdemócratas moderados tocó a su fin con el fracaso aparente de las políticas económicas y sociales de la edad de oro. Hacia 1980 llegaron al poder en varios países gobiernos de la derecha ideológica, comprometidos con una forma extrema de egoísmo empresarial y de *laissez-faire*. Entre ellos, Reagan y la tremenda señora Thatcher, siempre segura de sí misma, en Gran Bretaña (1979-1990), fueron los más destacados. Para esta nueva derecha, el capitalismo de la sociedad del bienestar de los años cincuenta y sesenta, bajo la tutela estatal, y que ya no contaba con el sostén del éxito económico, siempre había sido como una subespecie de aquel socialismo («el camino de servidumbre», como lo llamó el economista e ideólogo Von Hayek) cuya culminación final veían en la URSS. La guerra fría de Ronald Reagan no estaba dirigida contra el «imperio del mal» exterior, sino contra el recuerdo de Franklin D. Roosevelt en el interior: contra el estado del bienestar igual que contra todo intrusismo estatal. Su enemigo era tanto el liberalismo (la «palabrota que empieza por l» que tan buenos resultados obtuvo en las campañas presidenciales) como el comunismo.

Como la URSS se hundió justo al final de la era de Reagan, los propagandistas norteamericanos, por supuesto, afirmaron que su caída se había debido a una activa campaña de acoso y derribo. Los Estados Unidos habían luchado en la guerra fría y habían ganado, derrotando completamente a su enemigo. No hace falta tomar en serio la versión de estos cruzados de los años ochenta, porque no hay la menor señal de que el gobierno de los Estados Unidos contemplara el hundimiento inminente de la URSS o de que estuviera preparado para ello llegado el momento. Si bien, desde luego, tenía la esperanza de poner en un aprieto a la economía soviética, el gobierno norteamericano había sido informado (erróneamente) por sus propios servicios de inteligencia de que la URSS se encontraba en buena forma y era capaz de mantener la

carrera de armamentos. A principios de los ochenta, todavía se creía (también erróneamente) que la URSS estaba librando una firme ofensiva global. En realidad, el mismo presidente Reagan, a pesar de la retórica que le pusieran por delante quienes le escribían los discursos, y a pesar de lo que pudiera pasar por su mente no siempre lúcida, creía realmente en la coexistencia entre los Estados Unidos y la URSS, pero una coexistencia que no estuviese basada en un repugnante equilibrio de terror nuclear mutuo: lo que Reagan soñaba era un mundo totalmente libre de armas nucleares, al igual que el nuevo secretario general del Partido Comunista de la Unión Soviética, Mijail Serguéievich Gorbachov, como quedó claro en la extraña cumbre celebrada en la penumbra del otoño ártico de Islandia en 1986.

La guerra fría acabó cuando una de las superpotencias, o ambas, reconocieron lo siniestro y absurdo de la carrera de armamentos atómicos, y cuando una, o ambas, aceptaron que la otra deseaba sinceramente acabar con esa carrera. Seguramente le resultaba más fácil tomar la iniciativa a un dirigente soviético que a un norteamericano, porque la guerra fría nunca se había visto en Moscú como una cruzada, a diferencia de lo habitual en Washington, tal vez porque no había que tener en cuenta a una opinión pública soliviantada. Por otra parte, por esa misma razón, le resultaría más difícil al dirigente soviético convencer a Occidente de que iba en serio. Por eso es por lo que el mundo le debe tantísimo a Mijail Gorbachov, que no sólo tomó la iniciativa sino que consiguió, él solo, convencer al gobierno de los Estados Unidos y a los demás gobiernos occidentales de que hablaba sinceramente. Sin embargo, no hay que menospreciar la aportación del presidente Reagan, cuyo idealismo simplón pudo atravesar las tremendas barreras formadas por los ideólogos, los fanáticos, los advenedizos, los desesperados y los guerreros profesionales que lo rodeaban, para llegar a convencerse a sí mismo. A efectos prácticos, la guerra fría acabó en las dos cumbres de Reykjavik (1986) y Washington (1987).

¿Representó el fin de la guerra fría el fin del sistema soviético? Los dos fenómenos son separables históricamente, aunque es evidente que están interrelacionados. La forma soviética de socialismo afirmaba ser una alternativa global al sistema del mundo capitalista. Dado que el capitalismo no se hundió ni parecía hundirse —aunque uno se pregunta qué habría pasado si todos los países deudores socialistas y del tercer mundo se hubiesen unido en 1981 para declarar la suspensión del pago de sus deudas a Occidente—, las perspectivas del socialismo como alternativa mundial dependían de su capacidad de competir con la economía capitalista mundial, reformada tras la Gran Depresión y la segunda guerra mundial y transformada por la revolución «postindustrial» de las comunicaciones y de la informática de los años setenta. Que el socialismo se iba quedando cada vez más atrasado era evidente desde 1960: ya no era competitivo y, en la medida en que esta competición adoptó la forma de una confrontación entre dos superpotencias políticas, militares e ideológicas, su inferioridad resultó ruinosa.

Ambas superpotencias abusaron de sus economías y las distorsionaron

mediante la competencia en una carrera de armamentos colosal y enormemente cara, pero el sistema capitalista mundial podía absorber la deuda de tres billones de dólares — básicamente en gastos militares— en que los años ochenta hundieron a los Estados Unidos, hasta entonces el mayor acreedor mundial. Nadie, ni dentro ni fuera, estaba dispuesto a hacerse cargo de una deuda equivalente en el caso soviético, que, de todos modos, representaba una proporción de la producción soviética (posiblemente la cuarta parte) mucho mayor que el 7 por 100 del gigantesco PIB de los Estados Unidos que se destinó a partidas de defensa a mediados de los años ochenta. Los Estados Unidos, gracias a una combinación de buena suerte histórica y de su política, vieron cómo sus satélites se convertían en economías tan florecientes que llegaban a aventajar a la suya. A finales de los años setenta, las economías de la Comunidad Europea y Japón, juntas, eran un 60 por 100 mayores que la de los Estados Unidos. En cambio, los aliados y satélites de los soviéticos nunca llegaron a emanciparse, sino que siguieron practicando una sangría abundante y permanente de decenas de miles de millones de dólares anuales a la URSS. Geográfica y demográficamente, los países atrasados del mundo, cuyas movilizaciones revolucionarias habrían de acabar, según Moscú, con el predominio mundial del capitalismo, representaban el 80 por 100 del planeta, pero, en el plano económico, eran secundarios. En cuanto a la tecnología, a medida que la superioridad occidental fue creciendo de forma casi exponencial no hubo competencia posible. En resumen, la guerra fría fue, desde el principio, una lucha desigual.

Pero no fue el enfrentamiento hostil con el capitalismo y su superpotencia lo que precipitó la caída del socialismo, sino más bien la combinación de sus defectos económicos cada vez más visibles y gravosos, y la invasión acelerada de la economía socialista por parte de la economía del mundo capitalista, mucho más dinámica, avanzada y dominante. En la medida en que la retórica de la guerra fría etiquetaba al capitalismo y al socialismo como «el mundo libre» y el «totalitarismo», respectivamente, los veía como los bordes de una sima infranqueable y rechazaba todo intento de superarla;¹¹ se podría decir que, fuera del suicidio mutuo que representaba la guerra nuclear, garantizaba la supervivencia del competidor más débil. Y es que, parapetada tras el telón de acero, hasta la ineficaz y desfalleciente economía de planificación central era viable; puede que se estuviera deshaciendo lentamente, pero no era probable que se hundiera sin previo aviso.¹² Fue la interacción de la economía de modelo soviético con la economía del mundo capitalista a partir de los años sesenta lo que hizo vulnerable al socialismo. Cuando en los años setenta los dirigentes socialistas decidieron explotar los nuevos recursos del mercado mundial a su alcance (precios del petróleo, créditos blandos, etc.) en lugar de

enfrentarse a la ardua tarea de reformar su sistema económico, cavaron sus propias tumbas (véase el capítulo XVI). La paradoja de la guerra fría fue que lo que derrotó y al final arruinó a la URSS no fue la confrontación, sino la distensión.

Sin embargo, en un punto los ultras de la guerra fría de Washington no estaban del todo equivocados. La verdadera guerra fría, como resulta fácil ver desde nuestra perspectiva actual, terminó con la cumbre de Washington de 1987, pero no fue posible *reconocer* que había acabado hasta que la URSS dejó de ser una superpotencia o, en realidad, una potencia a secas. Cuarenta años de miedo y recelo, de afilar los dientes del dragón militar-industrial, no podían borrarse así como así. Los engranajes de la maquinaria de guerra continuaron girando en ambos bandos. Los servicios secretos, profesionales de la paranoia, siguieron sospechando que cualquier movimiento del otro lado no era más que un astuto truco para hacer bajar la guardia al enemigo y derrotarlo mejor. El hundimiento del imperio soviético en 1989, la desintegración y disolución de la propia URSS en 1989-1991, hizo imposible pretender que nada había cambiado y, menos aún, creerlo.

V

Pero ¿qué era exactamente lo que había cambiado? La guerra fría había transformado la escena internacional en tres sentidos. En primer lugar, había eliminado o eclipsado totalmente las rivalidades y conflictos, salvo uno, que configuraron la política mundial antes de la segunda guerra mundial. Algunos de ellos desaparecieron porque las grandes potencias coloniales de la época imperial se desvanecieron, y con ellas sus rivalidades sobre las dependencias que gobernaban. Otros acabaron porque todas las «grandes potencias» excepto dos habían quedado relegadas a la segunda o tercera división de la política internacional, y las relaciones entre ellas ya no eran autónomas ni, en realidad, mucho más que de interés local. Francia y Alemania (Federal) enterraron el hacha de guerra después de 1947, no porque un conflicto franco-alemán se hubiera vuelto algo impensable —los gobiernos franceses de la época pensaron y mucho en ello—, sino porque el hecho de formar parte del mismo bando liderado por los norteamericanos y la hegemonía de Washington sobre la Europa occidental no permitía que los alemanes se descontrolaran. Aun así, es asombrosa la rapidez con que se perdió de vista la principal preocupación de los estados al acabar una gran guerra, a saber, la inquietud de los vencedores acerca de los planes de recuperación de los vencidos, y los proyectos de los vencidos para superar la derrota. Pocos occidentales se preocuparon seriamente por el espectacular retorno de la Alemania Federal y de Japón a su condición de potencias, armadas, aunque no nucleares; siempre, claro está, que fueran, en la práctica, miembros subalternos de la alianza estadounidense. Incluso la URSS y sus aliados, aunque denunciaran el peligro alemán, del que habían tenido

11. Cf. el uso del término «finlandización» como insulto por parte de los norteamericanos.

12. Por citar un caso extremo, la pequeña y montañosa república de Albania era pobre y atrasada, pero fue viable durante los treinta y tantos años en que estuvo prácticamente aislada del resto del mundo. Sólo al quedar arrasados los muros que la protegían de la economía mundial se vino abajo y quedó convertida en una ruina económica.

una amarga experiencia, lo hacían por razones propagandísticas más que por auténtico temor. Lo que Moscú temía no eran las fuerzas armadas alemanas, sino los misiles de la OTAN en territorio alemán. Pero después de la guerra fría era posible que surgiesen otros conflictos de poder.

En segundo lugar, la guerra fría había congelado la situación internacional y, al hacerlo, había estabilizado lo que era un estado de las cosas provisional y por fijar. Alemania era el caso más visible: durante cuarenta y seis años permaneció dividida — *de facto*, si no, durante largos períodos, *de jure*— en cuatro sectores: el occidental, que se convirtió en la República Federal en 1948; el central, que se convirtió en la República Democrática Alemana en 1954; y el oriental, más allá de la línea Oder-Neisse, de donde se expulsó a la mayor parte de alemanes y que se convirtió en parte de Polonia y de la URSS. El fin de la guerra fría y la desintegración de la URSS reunificó los dos sectores occidentales y dejó las zonas de Prusia oriental anexionadas por los soviéticos aisladas, separadas del resto de Rusia por el estado ahora independiente de Lituania. Dejó a los polacos con la promesa de Alemania de aceptar las fronteras de 1945, lo cual no les inspiró confianza. La estabilización no era la paz. Con la excepción de Europa, la guerra fría no fue una época en la que se olvidó lo que significaba pelear. Apenas pasó algún año entre 1948 y 1989 sin que hubiese conflictos armados graves en alguna parte. No obstante, los conflictos estaban controlados, o amortiguados, por el miedo a que provocasen una guerra abierta —o sea, atómica— entre las superpotencias. Las reclamaciones de Irak frente a Kuwait —el pequeño protectorado británico, rico en petróleo, en el golfo Pérsico, independiente desde 1961— eran antiguas y constantes, pero no condujeron a la guerra hasta que el golfo Pérsico dejó de ser un foco de tensión y de confrontación automática entre las dos superpotencias. Antes de 1989 es seguro que la URSS, el principal proveedor de armas de Irak, hubiera desaconsejado firmemente cualquier aventura de Bagdad en la zona.

Por supuesto, el desarrollo de la política interna de los estados no resultó congelada de la misma forma, salvo allí en donde tales cambios alteraran, o pareciesen alterar, la lealtad del estado a la superpotencia dominante respectiva. Los Estados Unidos no estaban más dispuestos a tolerar a comunistas o filocomunistas en el poder en Italia, Chile o Guatemala que la URSS a renunciar al derecho a mandar sus tropas a las repúblicas hermanas con gobiernos disidentes, como Hungría y Checoslovaquia. Es cierto que la URSS toleraba mucha menos variedad en regímenes amigos y satélites, pero por otro lado su capacidad de afirmar su autoridad en el interior de éstos era mucho menor. Aun antes de 1970 había perdido del todo el poco control que había tenido sobre Yugoslavia, Albania y China; había tenido que tolerar la conducta individualista de los dirigentes de Cuba y Rumania; y, en cuanto a los países del tercer mundo a los que abastecía de armas, y cuya hostilidad hacia el imperialismo norteamericano compartía, aparte de unos intereses comunes, no ejercía sobre ellos ningún dominio efectivo, y casi ninguno de ellos toleraba la existencia legal de partidos comunistas en su interior. No

obstante, la combinación de poder, influencia política, corrupción y la lógica de la bipolaridad y del antiimperialismo mantuvieron más o menos estable la división del mundo. Con la excepción de China, ningún país realmente importante cambió de bando a no ser por alguna revolución local, que las superpotencias no podían provocar ni impedir, como descubrieron los Estados Unidos en los años setenta. Ni siquiera aquellos aliados de los Estados Unidos cuya política se veía cada vez más limitada por la alianza, como sucedió con los sucesivos gobiernos alemanes en el tema de la *Ostpolitik* a partir de 1969, se retiraron de una asociación cada vez más problemática. Entidades políticas inestables, impotentes e indefendibles desde el punto de vista político, incapaces de sobrevivir en una auténtica jungla internacional —la zona comprendida entre el mar Rojo y el golfo Pérsico estaba llena de ellas— consiguieron mantenerse de algún modo. La sombra del hongo nuclear garantizaba no sólo la supervivencia de las democracias liberales de la Europa occidental, sino de regímenes como Arabia Saudí y Kuwait. La guerra fría fue la mejor de las épocas para los miniestados, porque tras ella la diferencia entre problemas resueltos y problemas aparcados se hizo evidente. En tercer lugar, la guerra fría había llenado el mundo de armas hasta un punto que cuesta creer. Ese fue el resultado natural de cuarenta años de competencia constante entre los grandes estados industriales por armarse a sí mismos para una guerra que podía estallar en cualquier momento; cuarenta años durante los cuales las superpotencias compitieron por ganar amigos e influencias repartiendo armas por todo el planeta, por no hablar de los cuarenta años de conflictos «de baja intensidad» con estallidos esporádicos de guerras de importancia. A las economías muy militarizadas y cuyos complejos militar-industriales eran en todo caso enormes e influyentes les interesaba económicamente vender sus productos en el exterior, aunque sólo fuera para consolar a sus gobiernos con la prueba de que *no se limitaban* a tragarse los astronómicos presupuestos militares económicamente improductivos que las mantenían en funcionamiento. La moda a escala planetaria y sin precedentes de los gobiernos militares (véase el capítulo XII) les proporcionó un mercado agradecido, alimentado no sólo por la generosidad de las superpotencias, sino también, desde la revolución en los precios del crudo, por los ingresos locales multiplicados hasta desafiar la imaginación de sultanes y jeques hasta entonces tercermundistas. Todo el mundo exportaba armas. Las economías socialistas y algunos estados capitalistas en decadencia como Gran Bretaña tenían poco más por exportar que pudiese competir en el mercado internacional. Este comercio con la muerte no se reducía a la amplia gama de aparatos que sólo podían utilizar los gobiernos, sino que el surgimiento de una época de guerrillas y terrorismo originó una gran demanda de armas ligeras, portátiles y suficientemente destructivas y mortíferas, y los bajos fondos de las ciudades de finales del siglo XX proporcionaron un nuevo mercado civil a esos productos. En esos ambientes, las metralletas Uzi (israelíes), los rifles Kalashnikov (rusos) y el explosivo Semtex (checo) se convirtieron en marcas familiares.

De este modo la guerra fría se perpetuó a sí misma. Las pequeñas guerras que en otro tiempo habían enfrentado a los satélites de una superpotencia contra los de la otra prosiguieron después de finalizar el viejo conflicto a nivel local, resistiéndose a la voluntad de quienes las habían empezado y ahora querían acabarlas. Los rebeldes de la UNITA en Angola siguieron actuando contra el gobierno, aunque los surafricanos y los cubanos se hubieran retirado de ese desgraciado país, y a pesar de que los Estados Unidos y la ONU hubiesen renegado de ellos y hubiesen reconocido al otro bando; armas no les faltaban. Somalia, armada primero por los rusos, cuando el emperador de Etiopía estaba del lado de los Estados Unidos, y luego por los Estados Unidos, cuando la Etiopía revolucionaria cambió de lado, hizo su entrada en el mundo posterior a la guerra fría como un territorio castigado por el hambre y por anárquicas guerras de clanes, carente de todo salvo de reservas casi ilimitadas de armas de fuego, municiones, minas y transportes militares. Los Estados Unidos y la ONU se movilizaron para llevarles alimentos y paz, y resultó más difícil que inundar el país de armas. En Afganistán, los Estados Unidos habían distribuido al por mayor misiles antiaéreos portátiles y lanzadoras Stinger entre las guerrillas tribales anticomunistas, calculando, acertadamente, que así contrarrestarían la supremacía aérea soviética. Cuando se retiraron los rusos, la guerra prosiguió como si nada hubiera cambiado, salvo que, a falta de aviones, los nativos podían explotar por sí mismos la floreciente demanda de Stingers, que vendían con grandes beneficios en el mercado internacional de armas. Desesperados, los Estados Unidos se ofrecieron a comprárselos a cien mil dólares cada uno, con una espectacular falta de éxito (*International Herald Tribune*, 5-7-93, p. 24; *Repubblica*, 6-4-94). Tal como exclamaba el aprendiz de brujo de Goethe: «Die ich rief die Geister, werd'ich nun nicht los».

El fin de la guerra fría suprimió de repente los puntales que habían sostenido la estructura internacional y, hasta un punto que todavía somos incapaces de apreciar, las estructuras de los sistemas mundiales de política interna. Y lo que quedó fue un mundo de confusión y parcialmente en ruinas, porque no hubo nada que los reemplazara. La idea, que los portavoces norteamericanos sostuvieron por poco tiempo, de que el antiguo orden bipolar podía sustituirse con un «nuevo orden mundial» basado en la única superpotencia que había quedado y que, por ello, parecía más fuerte que nunca, pronto demostró ser irreal. No podía volverse al mundo de antes de la guerra fría porque era demasiado lo que había cambiado y demasiado lo que había desaparecido: todos los indicadores habían caído, había que modificar todos los mapas. A políticos y economistas acostumbrados a un mundo de una sola clase incluso les resultaba difícil o imposible apreciar la naturaleza de problemas de otra clase. En 1947 los Estados Unidos habían reconocido la necesidad de un proyecto urgente y colosal de restauración de las economías de la Europa occidental, porque la presunta amenaza contra esas economías —el comunismo y la URSS— era de fácil definición. Las consecuencias económicas y políticas del hundimiento de la Unión

Soviética y de la Europa del Este eran aún más tremendas que los problemas de la Europa occidental, y demostrarían tener un alcance aún mayor. Ya resultaban bastante previsibles, incluso evidentes, a finales de los ochenta, pero ninguna de las opulentas economías capitalistas trató esa crisis en ciernes como una emergencia planetaria que exigía una actuación urgente y contundente, porque las consecuencias *políticas* no eran tan fáciles de concretar. Con la posible excepción de la Alemania Occidental, la reacción fue lenta, e incluso los alemanes entendieron pésimamente y subestimaron la naturaleza del problema, como las dificultades suscitadas por la anexión de la antigua República Democrática Alemana demostrarían.

Las consecuencias del final de la guerra fría seguramente habrían sido enormes en cualquier caso, aunque no hubiese coincidido con una grave crisis de la economía capitalista mundial y con la crisis definitiva de la Unión Soviética y su sistema. Como el ámbito del historiador es lo sucedido y no lo que habría podido suceder si las cosas hubiesen sido distintas, no es necesario tener en cuenta otros escenarios posibles. El fin de la guerra fría demostró ser no el fin de un conflicto internacional, sino el fin de una época, no sólo para Occidente, sino para el mundo entero. Hay momentos históricos en que incluso los contemporáneos pueden reconocer que marcan el fin de una era. Los años en torno a 1990 fueron claramente uno de los momentos decisivos del siglo. Pero mientras cualquiera pudo ver que el viejo mundo se había acabado, existía una absoluta incertidumbre sobre la naturaleza y las perspectivas del nuevo.

Sólo una cosa parecía sólida e irreversible entre tanta incertidumbre: los extraordinarios cambios, sin precedentes en su magnitud, que experimentó la economía mundial, y, en consecuencia, las sociedades humanas, durante el período transcurrido desde el inicio de la guerra fría. Estos cambios ocuparán, o deberían ocupar, un espacio mucho mayor en los libros de historia del tercer milenio que la guerra de Corea, las crisis de Berlín y de Cuba y los misiles de crucero. A esas transformaciones dirigimos ahora nuestra atención.